

CONTRAFÁBULAS

Franco DiMerda



ilustraciones
FELIPE SOLANO

Lectulandia

“Las Contrafábulas de Franco, decía, se desprenden de su carácter metafórico y se transforman en cuentos realistas, naturalistas, son otra vez el espejo de Stendhal al pie del camino. Si el mundo está lleno de cerdos, de tiburones despiadados que nos muerden la cartera y el corazón cada día, de buitres que los avalan y hacen del despojamiento ley, de ovejas asustadas que cagan votos sobre los que esos carroñeros se suben, de perros policías, perros guardianes, perros con porra para proteger el cortijo a cambio de un currusco de pan, si el mundo se ha convertido en una finca particular, un establo, una jaula, qué mejor que escribir sobre los seres humanos como lo que realmente somos: animales”.

(Del prólogo de Patxi Irurzun)

Lectulandia

Franco DiMerda

Contrafábulas

ePub r1.0

SoporAeternus 28.06.15

Título original: *Contrafábulas*
Franco DiMerda, 2012
Ilustraciones: Felipe Solano
Directora: Ana Patricia Moya
Corrección: Ana Patricia Moya
Diseño: Felipe Solano / Ana Patricia Moya

Editor digital: SoporAeternus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

La peña está mal. Como una cabra. El autor de esta animalada que tienes entre las manos, por ejemplo: peruano, madrileño, heavy, escritor, curriqui, incendiario (quema una ETT casi cada vez que se pone a escribir), y ahora, autor de un libro de fábulas. O mejor dicho, de “*Contrafábulas*”, que así se titula, y muy bien titulado. “*Contrafábulas*”. Cágate, lorito. La peña, sí, está como una puta cabra. Y el mundo del revés. El mundo no se arregla escribiendo libros, no al menos los libros de mierda que se leen por ahí. Algunos han hecho añicos el espejo aquel al borde del camino del que hablaba Stendhal; es lo que se lleva, lo fragmentario, la deconstrucción, lo experimental, un pufo como una catedral, vamos, porque esos pedazos por lo general no cortan, no alcanzan a nadie, no proyectan nada ni se convierten en proyectiles: son inofensivos. Franco lo sabe bien y también que, para cambiar el mundo, o al menos para retratarlo y hacer un poco de sangre lo que hacen falta, no son libros de mierda sino libros como cóctels molotov, como facas, libros que den coces, zarpazos, que embistan, que muerdan, que arañen... Franco, sin inventar nada, es un rebelde, un lanzador de cuchillos con gafas de sol, Franco va contra corriente, hace lo que nadie hace hoy en día: recurrir a un género como la fábula, tan tradicional como olvidado, y que, sin embargo, ha sido a lo largo de los siglos el vehículo, el piloto suicida con el que arremeter contra los vicios y tropelías de sociedades enfermas, el guante de seda con el que noquear a los poderosos, el dedo que señala el traje nuevo del emperador...

Las fábulas, además, las contrafábulas de Franco (porque ese es un matiz importante: Franco no podía recurrir a la tradición así como así, ir a beber de sus fuentes como un dócil borreguito pues Franco es heavy, hostia, un potro salvaje, un gallo de pelea, y tiene que poner todo patas arriba, poblar estas fábulas de elementos que hasta ahora no aparecían en ellas, de caperucitas violadas, de ratones insumisos que no siguen al flautista, de cabras que fueron actrices porno); las contrafábulas de Franco, decía, se desprenden de su carácter metafórico y se transforman en cuentos realistas, naturalistas, son otra vez el espejo de Stendhal al pie del camino. Si el mundo está lleno de cerdos, de tiburones despiadados que nos muerden la cartera y el corazón cada día, de buitres que los avalan y hacen del despojamiento ley, de ovejas asustadas que cagan votos sobre los que esos carroñeros se suben, de perros policías, perros guardianes, perros con porra para proteger el cortijo a cambio de un currusco de pan, si el mundo se ha convertido en una finca particular, un establo, una jaula, qué mejor que escribir sobre los seres humanos cómo lo que realmente somos: animales. Todo eso lo explica mucho mejor, en realidad, el propio Franco en su contrafábula “*Seres civilizados*”. Léanla. Lean esa y todas las demás. Háganlo sin

miedo, que en estas contrafábulas no hay moraleja, ni Barrio de Salamanca: son fábulas de extrarradio, de bar de barrio, de autobús urbano... Rúmienlas. Y después, una vez hecha la digestión, quizás comprendan que ya va siendo hora, queridos seres civilizados, de hacer un poco el bestia.

Patxi Irurzun

A mi gata Guicelle

Si en el mundo hay tanta bestia es porque en el arca de Noé
sólo se pudieron salvar los animales.

SOFOCLETO

Caperucita Roja

—¡Qué boca tan enormemente grande tienes! —preguntó la niña.

Pero su papá no respondió y continuó besándola. Luego la folló. Hasta dejarla roja.



Calidad y Excreciencia

Un tiranosaurio dueño de una multinacional, profundamente emocionado porque acababa de asistir a su primera clase sobre «*Calidad y Excelencia*», y mientras meaba en los urinarios de una de sus múltiples empresas, aprovechó la ocasión para poner en práctica los conocimientos recién adquiridos.

—¡Qué día más maravilloso! —le dijo el tiranosaurio a uno de los que limpiaban los retretes— No hay nada mejor para el ánimo que un poco de ejercicio. ¿Qué deporte practicas en tus ratos libres? Yo practico el golf y la equitación.

A lo que el limpiador respondió:

—Trabajo doble turno porque no me alcanza el dinero. No tengo tiempo ni fuerzas para practicar ningún deporte.

—Pero suponte que tuvieras tiempo —insistió el tiranosaurio, sin perder un ápice su sonrisa—. Suponte que, por ejemplo, trabajaras sólo un turno. ¿Qué deporte practicarías?

—Ninguno —respondió el limpiador—. Si tuviera más tiempo lo dedicaría a estar con mis hijos.

—¡Los hijos! —exclamó el tiranosaurio— ¡Qué maravilloso deporte! ¿Y en qué club lo practicas?

—¿Club? ¿De qué está hablando? —preguntó el limpiador consternado.

—Maravilloso lugar —dijo el tiranosaurio subiéndose el cierre del pantalón—. A ver si algún día nos vamos a jugar juntos.

Luego le dio al limpiador una palmadita en la espalda y se fue presuroso. Su segunda clase sobre “*Calidad y Excelencia*” estaba a punto de comenzar.

De primerísima calidad

—Soy un vehículo de primerísima calidad. Fui fabricada en Alemania —se ufanaba una pequeña moto al borde de la autopista.

Un autobús que pasaba por allí no soportó su vanidad y arremetió a toda velocidad contra ella.

—Espero que eso te haya servido de lección, pedante de mierda —le dijo el autobús a la chatarra que antes había sido moto.

Pero no fue hasta dentro de una semana, cuando fue enviada a Sudamérica, que la chatarra aprendió la lección. “*Lección de Turismo*” mientras corría alegremente por las calles de Lima.

El camello vendedor de calmantes

Un camello vendía LSD en una transitada avenida de la ciudad. Cuando la policía lo detuvo, el camello fue a parar a la cárcel. Cuando finalmente salió, el camello se dedicó a vender GHB. De vuelta, la policía lo detuvo, y de vuelta el camello fue a parar a la cárcel. Cuando por fin salió, el camello se dedicó a vender PCP. De vuelta, la policía lo detuvo y de vuelta el camello fue a parar a la cárcel.

—Seguiré vendiendo calmantes —se dijo el camello una vez que lo soltaron—, pero esta vez cambiaré de formato. Estoy hasta las pelotas de la cárcel.

Y creó la ETT.

El cóndor no pasa

Desde tiempos inmemoriales, el cóndor fue admirado por todos los pueblos de la sierra del Perú. Cada domingo al mediodía, en vez de dormir la siesta en la iglesia con los sermones del cura, los lugareños se congregaban en las faldas de la montaña más alta, el Huascarán, para ver el más hermoso de los espectáculos: el cóndor pasa. El imponente animal, orgulloso porque sabía que lo estaban observando, desplegaba sus enormes alas y, desde las altas cumbres, descendía a toda velocidad ensombreciendo el cielo a su paso hasta perderse en el horizonte. La gente, sólo entonces, aplaudía maravillada, danzaba jubilosa y cantaba una hermosa canción especialmente compuesta a su símbolo.

Pero los tiempos cambian y con ellos las personas. En los últimos años los habitantes de la sierra peruana se desplazaron a la capital, mirando hacia el futuro y dejando todo atrás, incluido al cóndor. Éste, al no tener público que le observara y después de estar mucho tiempo solo, decidió también emigrar a Lima para reencontrarse con sus admiradores.

Al poco tiempo, el cóndor tuvo que regresar al Huascarán.

En la capital nadie le aplaudía. Los antiguos lugareños se avergonzaban de él; la Fuerza Aérea del Perú tenía como símbolo a un aguilucho y, en las puertas de muchas discotecas, delante de carteles que decían “*Se reserva el derecho de admisión*”, los porteros, en lugar danzar jubilosos ante su presencia, le daban de patadas y cabezazos, aunque eso sí, le cantaban orgullosos:

—El cóndor no pasa.

El Cuy

Hace poco tiempo, existió en un país de roedores uno muy peculiar llamado Juan que quería ser rebelde. ¿La razón? No le encontraba el gusto a la música del flautista de Hammelin, y menos entendía el porqué a sus compañeros encantaba.

—Es una gran tontería —se decía—, y voy hacer algo rebelde para no caer hipnotizado como los demás.

Para tal fin exploró todas las artes que existían tratando de ubicar la de espíritu más rebelde e insurgente. Examinó la pintura, la escultura, el teatro, la literatura, el cine... en fin. Pero no fue sino hasta que encontró a la historietista que se decidió por ella pues encontró que era tan pero tan rebelde que ni los mismos artistas la querían considerar arte.

Una vez historietista, Juan se cambió el nombre porque no podía existir un rebelde llamado tan común y se autoproclamó El Cuy.

Pasó el tiempo y la fama del Cuy se extendió a todas partes. Los ratones no hacían sino hablar del único elegido que no caía en el hechizo del flautista de Hammelin. Es más, el mismo Hammelin estuvo a punto de renunciar a tocar su flauta pues no podía entender cómo ese maldito roedor era inmune a su música.

—¡Me está sublevando a los ratones! —se lamentaba el flautista—. ¿Y ahora cómo voy a hipnotizarlos y llevarlos al precipicio?

Porque, en efecto, por culpa del Cuy y de su rebeldía la población de ratones había crecido vigorosamente. Ya nadie se animaba a brincar al abismo. Incluso se burlaban de Hammelin saltando alegres de una pata por el borde del mismo.

Hasta que un día, como quien no quiere la cosa, uno de ellos saltó. Se trataba del Cuy.

—¿Qué le habrá pasado? —se preguntaron todos— ¿Por qué brincó al precipicio? ¿Cómo pudo ser hechizado por la música de Hammelin? ¿Se habrá resbalado?

Pero no, el Cuy no se había resbalado. Ni siquiera había sido hechizado por la música de Hammelin puesto que hacía tiempo que ni tocaba la flauta. Únicamente ya no era historietista. Se había vuelto dibujante.

El discurso de un Rey

—Todo esto es una farsa. A mí sólo me gusta comer y dormir. Nada más. En eso es en lo único que pienso. Es más, yo ni siquiera pienso porque tampoco me gusta hacerlo. Me da pereza. Tanto como cazar. Aunque de eso se encargan ellas. Menos mal, porque estar escondiéndose durante horas tras esos cochinos arbustos y luego correr como un loco tras una estúpida presa y atraparla y encima despedazar esas carnes tan duras para poder compartirla con los niños... ¡Eso es de mujeres! ¿Qué soy fiero? Es falso. Más fiera se ponía mi madre cuando me defendía de los enemigos. Además, yo soy inmaduro y siempre voy a serlo. Es mi naturaleza. Por eso me parece absurdo este nombramiento. El puesto exige responsabilidad, mucha responsabilidad. ¿Acaso no se dan cuenta? Todo está muy claro. Fueron los hombres y no ustedes los que me nombraron rey. ¿Para qué? ¿Pues para qué va a ser? Para asustarlos, nada más. Los hombres saben que si los animales estuviéramos unidos no nos podrían hacer nada. Por eso inventaron toda esta estupidez de que los leones somos los reyes de la selva y que ustedes nos deben de temer. Para mantenernos separados y así ellos puedan cazarnos fácilmente. *Divide et impera*. ¿No lo ven? ¿Acaso no se dan cuenta... bestias?

El gallito que cacareaba

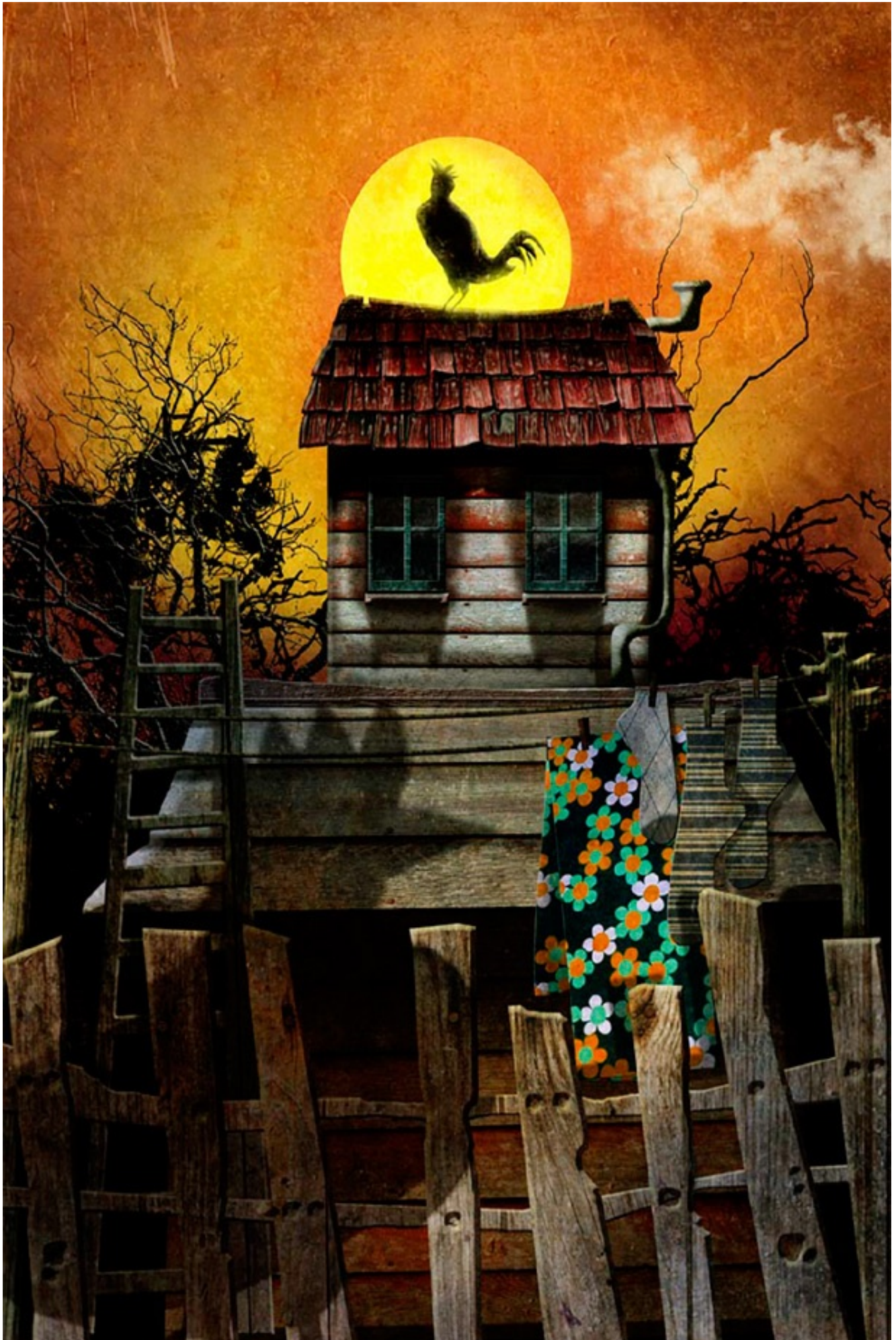
Papá gallo estaba muy enojado, y también un poquito avergonzado, con su hijo, el gallito que cacareaba.

—Canta y no cacarees, carajo —le aconsejaba papá gallo con amor—. De lo contrario, cuando seas mayor te mataré a palos. ¿Quién quiere a un gallo que cacarea en la familia? Los gallos cantan y las gallinas cacarean.

Pero el gallito no hizo caso y siguió cacareando y cacareando hasta que fue mayor y, cacareando, murió abatido por los palos.

—Te lo dije, carajo —sollozó papá gallo—. Te lo dije.

Luego soltó los palos y se fue. Cacareando.



El pelotudo

El escarabajo pelotero es un insecto asombroso.

En cada etapa de su corta existencia, desde que nace hasta que muere, el escarabajo pelotero va acumulando (como si su vida dependiera de eso, lo cual es cierto si uno deja de pensarlo mejor) sendas, colosales, magníficas pelotas de estiércol excretadas por los interesantes y siempre grandes animales mamíferos. Aunque su favorito, hay que decirlo, por el que siente una mayor debilidad, es el de la vaca: jugoso, con muchos nutritivos y útil para su vida misma.

Cada trozo de caca arduamente obtenido (porque nunca se sabe la hora ni el lugar exacto en donde una vaca la soltará) es pulido y trabajado por el escarabajo con paciencia de artesano hasta lograr su perfecta redondez. Luego es cargado hasta su hogar y colgado cuidadosamente en su pared junto a muchas otras, pues todo aquello, sólo él lo sabe, le proporcionará calor y alimento.

Es más, con ello logrará seducir a quien será su futura pareja y hasta podría decirse que a los demás escarabajos. Y lo debería también al resto del mundo si fuera mejor comprendido. Si toda esa plasta fuera entendida por nosotros en su verdadera magnitud.

El especialista es un ser humano asombroso.



El puerquito que alguna vez fue un puerquito egoísta

Esta es la ejemplar historia de un puerquito que acostumbraba a tomar su desayuno sin invitar nada a nadie.

Como cada mañana en la granja, el puerquito, nieto predilecto de los Puerco, tomaba su desayuno preparado por sus abuelitos: diez panes con mantequilla y mermelada, veinte galletas de chocolate, treinta tortillas de huevo y cuarenta vasos de leche descremada.

Al enterarse, todos los pajaritos del lugar se congregaron hambrientos alrededor de su mesa. Y mientras él se terminaba toda su merienda, muchos le clamaban con el pico abierto:

—No seas egoísta, puerquito. Invítanos aunque sea a una miga de pan.

Pero el puerquito nunca les hacía caso, ni siquiera los miraba. En su lugar continuaba atragantándose con su comida hasta terminarla por completo.

Si me lo como todo —pensaba—, mañana seré un puercón grande y fuerte.

Y así fue. Porque cuando pasaron los años el puerquito creció y creció, y se convirtió en un puercón grande y fuerte. A diferencia de los pajaritos quienes siempre estaban chiquitos y debiluchos.

Hasta que un día la sequía llegó, y con ella la escasez de alimentos. Los abuelitos Puerco, quienes acostumbraban a preparar el desayuno de su nieto predilecto, no lo pudieron hacer más debido a que, para conseguirlo, hubieran tenido que caminar hasta tierras lejanas, cosa imposible dado los achaques de la vejez. El puerco entonces se volvió flaco y debilucho, a diferencia de los pajaritos, quienes ahora estaban más fuertes que nunca pues ellos sí podían llegar con sus alas hasta la otra comarca y conseguir alimento.

Piedad —suplicaba el cerdo a los pajaritos—. Invítenme aunque sea a una miga de pan.

Y cuando el puerco, triste, se daba la media vuelta pensando que no le iban a convidar, los pajaritos le dijeron:

—Ven, puerquito. Acompáñanos y come que nosotros no somos egoístas.

Así termina la ejemplar historia del puerquito que alguna vez fue un puerquito egoísta. Como todo final feliz, la sequía pasó y el cerdo entendió que no era bueno ser malvado. Y cambió. Se volvió generoso. Ahora invitaba a migas de pan. A los pajaritos. A sus abuelitos.

El quinto músico

Poco después, pasaron los cuatro músicos —el asno, el perro, el gato y el gallo— al lado de una vieja casa. Allí, en el portal, estaba un anciano en silla de ruedas y sollozaba hasta las lágrimas:

—Tus plañidos le llegan a uno al alma —dijo el asno—. ¿Qué te pasa?

—¡Ay! —dijo el anciano— He trabajado para mis hijos como un burro para darles la mejor educación; he sido fiel a mi mujer como un perro, y como un gato la independencia les di; incluso como un gallo de todos los enemigos los defendí. Pero como me hago viejo y mis fuerzas me abandonan, mi familia me quiere botar. ¿Qué voy hacer en el asilo? A causa de todo esto, lloraré hasta que alguien me ayude.

—Nosotros vamos a Bremen —dijo el asno—, a hacernos músicos municipales. Deja de chillar y acompáñanos que un cantante más vamos a necesitar.

—¿Un cantante? —preguntó el anciano consternado— ¿Cómo voy a ser cantante? Ellos son jóvenes y llevan vidas muy distintas a nosotros. Los cantantes nunca tienen problemas de dinero y viven en el extranjero, como ése que sale siempre en las revistas. Sus vidas sentimentales son intensas con miles de hijos no reconocidos por todo el mundo, como sale en los periódicos. Y tienen problemas con drogas y esas cosas, como ese último caso de la televisión. ¿Cantante? ¿Cómo se les ocurre? Antes prefiero la muerte.

Al asno, al perro, al gato y al gallo les gustó la propuesta, y así, se fueron los cinco juntos directo a las vías del tren.

El tapador

En medio del fragor de la batalla, Alfonso Ugarte se percató de la intención de los soldados chilenos: querían tomar como trofeo la gloriosa bandera peruana. Empero, como no podía permitir semejante humillación, arreó su caballo blanco y tomando el pabellón nacional se dispuso a brincar desde el morro hacia el abismo.

Mas Alfonso, conocedor de que un caballo jamás saltaría pues éstos no entienden de heroísmos, extendió la bicolor tanto como pudo, que no sólo le alcanzó para tapar los ojos del animal, sino también los ojos del país entero.

En ese momento se jodió el Perú. Por culpa de Alfonso que se olvidó de quitarnos la bandera antes de caer al mar.

El uno para el otro

Era un amor grande, puro y eterno el que unía al puma con la oveja. Cuando se vieron por primera vez, allá en el campo, supieron de inmediato que nada ni nadie los separaría. Mucho menos los “buenos argumentos”, porque eso de que él era carnívoro y ella herbívora no era más que la misma tontería de que uno es muy mayor y la otra menor.

Por eso su amor duró tanto tiempo, incluso hasta dos horas después que el puma se la comiera. La extrañó en plena digestión. La soñó mientras dormía. Derramó una lágrima al defecar.



Han Solo

En un corral nació
mucho tiempo hace
un pollo de nombre *Han*

los pollos muy felices estuvieron inicialmente
mas al darse cuenta de que *Han*
al grupo no se integraba totalmente
(consigo mismo jugaba
a solas comía
junto a ellos no caminaba
incluso de sus bromas no se reía)
apartarlo de ellos decidieron

desde entonces *Han* vivió solo
pero bueno fuera sólo *Solo*
pues los otros
al no soportar su diferencia
imposible le hicieron la vida
molestándolo de preferencia

por eso cuando creció
Han del corral huyó
buscando a la verdadera soledad
mas sus esfuerzos en vano serían
pues a todo lugar que iba
encontraba pollos que jodían
y como por vencido finalmente se dio
Han vivir en compañía decidió

mas irónica la vida
justo cuando *Han* regresó
fue cazado
y a la mesa fue a parar
y nunca acompañado

si no con doña Soledad

Jacobs el despreciable

Jeremy Von Jacobs era un tipo despreciable. Como cualquier otro cazador. Pero Jacobs era el más desdeñado por los animales pues él fue el primer cazador de trofeos del mundo. Antes de él, los hombres mataban a las bestias sólo para alimentarse, abrigarse con sus pieles, preparar algún brebaje para curar los males u ofrecérselos a los dioses. Después de Jacobs, en cambio, millares de cabezas de leones, búfalos, elefantes, venados, patos y demás fueron a parar sobre las frías paredes de algunas lujosas mansiones europeas.

Por eso, los animales lo despreciaban. Y también por eso todos decidieron, un buen día, darle la espalda por siempre.

Si bien al comienzo esto alegró mucho a Jacobs pues sus trofeos siempre fueron más fáciles de cazar (morían de tiros por la espalda), pronto su intrépida personalidad de cazador le exigió la antigua ferocidad de sus presas como el ataque frontal de un tigre al verse acorralado, la arremetida de un rinoceronte herido o la altanería de un león frente a su victimario por citar algunos ejemplos.

Mas nada de eso pudo lograr. Todos los animales, a pesar de los esfuerzos de Jacobs, siempre le dieron la espalda.

Hoy en día uno puede visitar el museo Von Jacobs en Europa. Allí están todos sus trofeos y su cuerpo intacto dentro de una urna de cristal. Pero no se crea que Jacobs está embalsamado, no señor, ni siquiera disecado. Simplemente los gusanos le dieron la espalda.

Jesús, el niño y el rebaño

Iba Jesús por las calles de Jerusalén cuando de pronto se le cruzó un niño y le preguntó: “¿*Por qué te sigue tanta gente?*”

—No sé —le respondió Jesús—. Ve y pregúntales a ellos.

El niño fue y les preguntó a los que lo seguían: “¿*Por qué siguen a ese hombre?*”

—Porque hace milagros —respondió un joven.

—Porque es nuestro rey —contestó un enfermo.

—Porque vino a salvarnos —replicó una anciana.

—Porque es el hijo de Dios —aseguró un apóstol.

El niño, aún más confundido, regresó donde Jesús y luego de decirle lo que todos le habían dicho, volvió a preguntar: “¿*Por qué te sigue tanta gente?*”

—No sé —respondió Jesús finalmente—. Sólo sé que hasta hace un momento a otro niño le dieron dos y no cuatro razones.

La amenaza

Millones de años atrás, el dinosaurio era el rey no sólo de la selva sino del mundo entero. Él ejercía su poder tiránico sobre los demás animales atrapándolos, jugando con ellos, comiéndoselos o simplemente despedazándolos y dejándolos tirados por ahí. Todos le temían y, desesperados, rezaban a Dios para que ponga fin a tanta injusticia.

Hasta que un día Dios escuchó sus plegarias y envió al león.

Éste, si bien es cierto que en un primer momento mató a todos los dinosaurios dejando vivos sólo algunos pequeños reptiles, ejerció luego el mismo poder tiránico que sus antecesores aunque de una forma más salvaje.

Esto motivó que los demás animales se enojaran tanto con Dios que amenazaron no sólo con dejar de rezar, sino también con dejar de hablar en caso de que no parara el abuso.

Dios, cuidando esta vez de no fallar, creó un ser a su imagen y semejanza al cual llamó hombre, y lo envió de inmediato a la tierra para que hiciera la justicia que todos tanto pedían.

Poco después, los animales dejaron de rezar y nunca más hablaron.

La cabra que fue actriz porno

Una cabra que trabajaba todo el día cargando bultos para su amo encontró un día, husmeando en el establo, una revista porno y se dijo:

—Voy a ser actriz porno y dejaré por fin esta vida de animal.

Así que, al día siguiente, abandonó a su amo y se embarcó rumbo a Budapest, capital de la pornografía mundial. Como era lógico, debido a sus aptitudes sobrehumanas —boca más grande, lengua más larga, vagina más profunda y mayor número de tetas—, la cabra pasó con facilidad las audiciones que le hicieron y en sólo un mes intervino en varias películas que la hicieron famosa.

Pero, como la cabra siempre tira al monte:

—No debí abandonar a mi amo sin avisarle —se repetía—. Él sólo era un pobre como yo, por eso me hacía trabajar así. Ahora mismo me regreso.

Una vez de vuelta, el amo, como era lógico, la puso inmediatamente a trabajar.

Primero en el establo, luego en su cama.



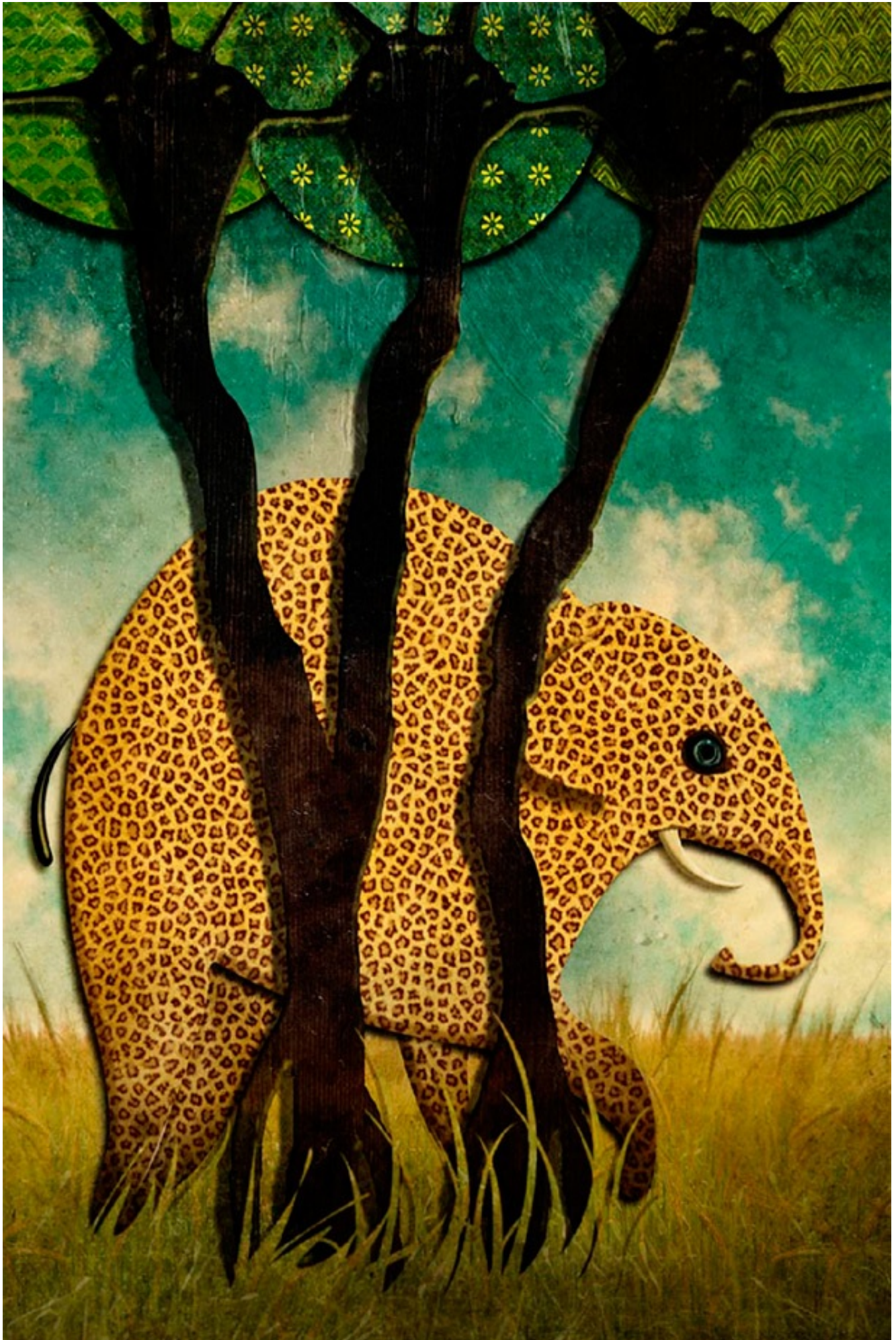
La elefanta guepardo

Después de envidiar por mucho tiempo la velocidad de las felinas, la elefanta decidió por fin bajar de peso. Para ello abandonó su manada de elefantes y se matriculó en un gimnasio, poniéndose bajo las órdenes del animal más veloz del mundo: la guepardo.

Siguió al pie de la letra todos los ejercicios de la felina. También sus rigurosas dietas y hasta su forma de vestir, convirtiéndose en poco tiempo en la veloz guepardo que tanto había soñado.

Mientras corría la elefanta por la sabana con su nueva apariencia y sus nuevas amigas, un grupo de admiradores le lanzó un piropo confundiéndola con el resto. Sus compañeras guepardo, envidiosas porque para ellas no era, se alejaron de su excompañera como sólo lo sabían hacer: corriendo lo más veloz del mundo.

Cosa que no importó a la elefanta, perdón, a la guepardo, pues no todos los días, como ahora, una tenía la dicha de cruzarse con alguno que otro admirador. Bajo la apariencia de un cazador de guepardos, pero un verdadero admirador al fin y al cabo.



La eterna durmiente

Todo era cierto. Lo del hechizo a la bella durmiente, lo de su profundo e inmutable sueño, lo del tipo que vino a visitarla después de mucho tiempo, incluso lo del beso en su mejilla. Pero nunca fue cierto que la bella durmiente se despertara. Ella sólo se levantó después del beso y vio al amor de su vida y vio que era un príncipe y se casó con él y se fue a vivir a un palacio y tuvo muchas sirvientas y nunca más tuvo que cocinar ni lavar la ropa y su príncipe jamás la engañó con otras mujeres ni le rompió la cara a puñetazos y tuvieron muchos hijos y todos juntos vivieron muy felices y comieron costosísimas perdices. Pero eso era sólo parte del sueño. De su profundo sueño del cual nunca despertó.



La fábula del golpista latinoamericano

Cierto día, aquel otro militar latinoamericano decidió, por fin, con el apoyo de todo el pueblo, dar un golpe de estado. Sin embargo, el dictador, hasta el último momento en que fue sacado por la fuerza y luego deportado, nunca se dio cuenta de ello. Jamás se percató de que la gente ya no lo quería.

Por eso el nuevo militar se decidió a hacer bonitas obras para el bien común. Hizo hermosos colegios que la gente agradeció. Hizo enormes hospitales que los enfermos celebraron. Hizo numerosas casas que los pobres festejaron. Hasta hizo modernos asilos que los ancianos aplaudieron.

Sus discursos congregaban multitudes. Y en cada sitio que iba encontraba siempre lo mismo: millares de fanáticos que pugnaban por darle la mano. Incluso la televisión y la radio lo elogiaban, concedores ellos de lo mucho que hacía el gobernante por su querido país.

Sin embargo, dentro de un cuartel cercano, un militar estaba a punto de decidirse.

Cierto día, aquel otro militar latinoamericano decidió por fin, con el apoyo de todo el pueblo, dar un golpe de estado. Sin embargo, el dictador, hasta el último momento en que fue sacado por la fuerza y luego deportado, nunca se dio cuenta de ello.

Jamás se percató de que la gente ya no lo quería.

La felicidad de Futesa

Hace poco tiempo una cucaracha llamada Futesa vivía coleccionando todo lo concerniente a su grupo musical favorito. Juntaba religiosamente desde llaveros y fotos de sus ídolos hasta pósters y letreros con los cuales adornaba su cuarto y también su cuerpo. Ella era muy fanática, tanto, que se sabía de memoria no sólo sus canciones sino también la vida completa de ellos, de los padres de ellos y de los padres de los padres de ellos.

Sin embargo, Futesa se sentía muy triste porque jamás había ido a un concierto del grupo, y esto debido a que eran extranjeros.

—Qué mala suerte —se lamentaba Futesa—. ¿Por qué no vendrán a mi desagüe?

Hasta que la suerte le sonrió y un día de esos el grupo llegó.

Está de más decir que el concierto tuvo un lleno total. También está de más decir que Futesa madrugó para alcanzar entrada. Pero todavía seguía tan triste como siempre.

—Tengo que verlos más de cerca —se repetía Futesa sintiendo, a medida que avanzaba, un poco menos tristeza y más felicidad.

Cada paso adelante significaba eso para ella. Un poco menos tristeza y más felicidad. Menos tristeza y más felicidad. Cada vez más felicidad. Mucha más felicidad. Tanta, tanta, que su cuerpo no aguantó y estalló de la emoción. Claro que después dijeron que ella murió pisoteada junto a muchas otras. Pero esas eran habladurías. Futesa murió de felicidad.



La lagartija

Una lagartija pedía limosna a los vehículos en un cruce de avenidas aprovechando la luz roja del semáforo. En esto vio a un Mercedes y a un Ferrari y, sin pensarlo dos veces, se acercó al deportivo con la mano extendida. Mas al pasar por delante del Mercedes, éste aceleró y le pasó por encima aplastándola. Un policía que lo vio todo se acercó al Mercedes y preguntó por qué lo había hecho.

—La lagartija fue injusta —replicó el conductor—. Los dueños de los Mercedes también tenemos derecho a disfrutar del mismo trato que los dueños de los Ferraris. Todos somos iguales.

El policía entonces supo lo que debía hacer: arrestar al motorista que acababa de pasar a su lado sin casco.

La libretita mágica

Hänsel y Gretel permanecieron sentados e inmutables entre ambos fuegos, y cuando llegó el mediodía, cada uno se comió su trocito de pan, a pesar de la escasez general. Y como oían los golpes del hacha, creían que la muerte estaba cerca. Pero no era mas que el hacha que caía sobre el resto de los mortales. Y como llevaban ya mucho tiempo sentados, los ojos se les cerraban de cansancio y se durmieron. Cuando finalmente se despertaron era ya noche cerrada. Gretel comenzó a llorar y dijo:

—¿Cómo podremos salir del bosque?

Hänsel la consoló:

—Con nuestros pasaportes. Somos europeos.

La mona y la gente

Una mona perezosa paraba durmiendo todo el día. Al verla flojear, mientras todos se rompían el lomo trabajando, la gente le dijo:

—A quien madruga Dios le ayuda.

Pero un día, mientras la mona dormía, un programa concurso tocó a su puerta, y como la encontraron, la premiaron con lindos vestidos. La gente, al verla pasear tan elegante le dijo:

—La mona aunque se vista de seda, mona se queda.

Poco tiempo después, como la mona vestía bonito, se le acercó un rico y le propuso matrimonio. Siendo ya millonaria la gente le dijo:

—No por mucho dinero tener, la gente te va a querer.

Mas la mona, haciendo oídos sordos, fundó muchos colegios y hospitales para los pobres siendo recordada incluso después de muerta. La gente dijo entonces:

—Es más fácil que entre un camello por el ojo de una aguja que un rico al reino de los cielos.

Años después, mientras el Papa la canonizaba, la gente ya no dijo nada.

La tortuga, la liebre y la meta

Finalmente, y después de mucho esfuerzo, la tortuga llegó primero a la meta. A la liebre no le importó, por supuesto, y despreocupada, continuó durmiendo al lado del camino. De su camino que cruzaba su campo que rodeaba sus árboles que crecían en su bosque y en medio del cual quedaba su meta.

La vaca que casi enloqueció

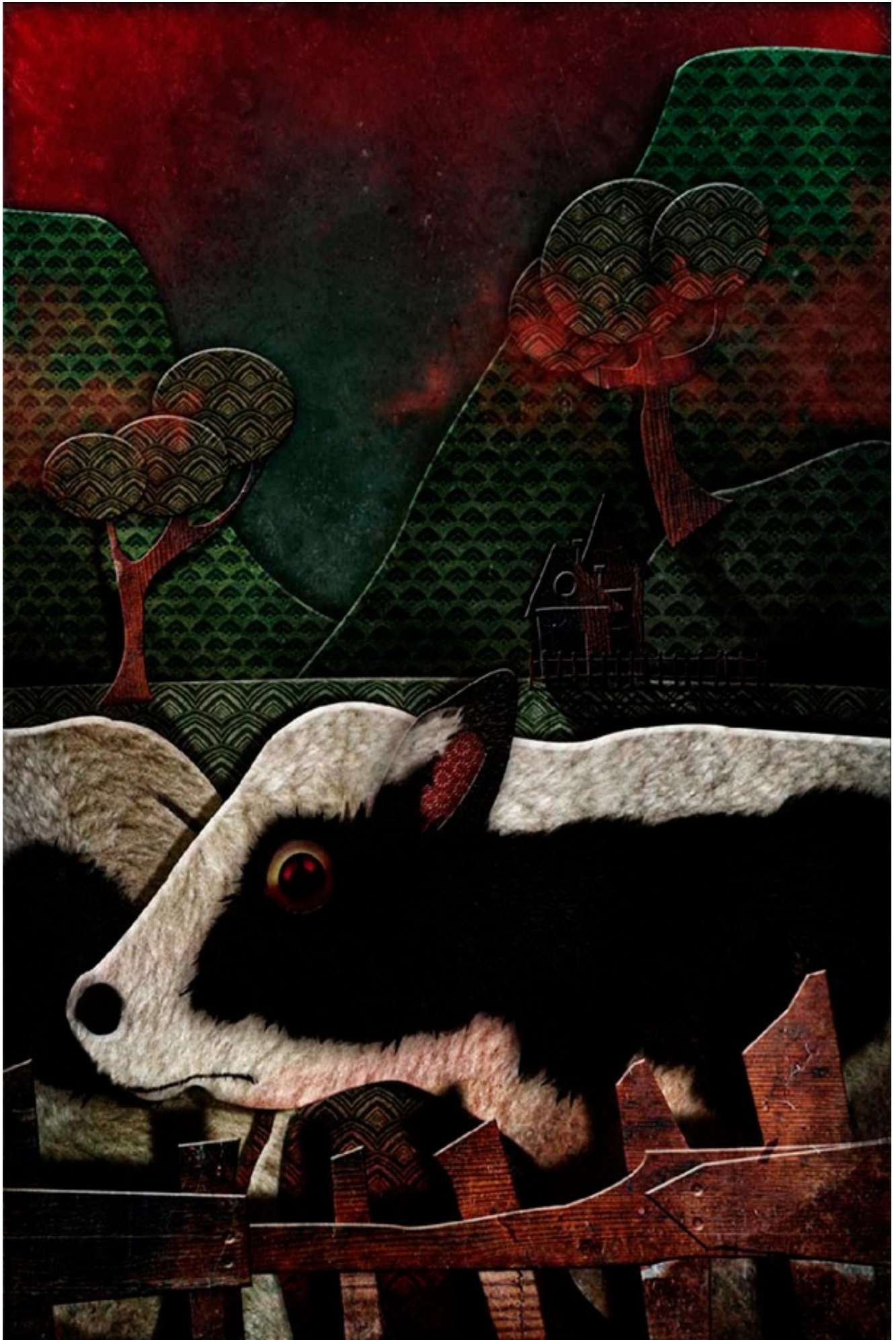
Un día, pastando en medio del campo y faltando poco para que la llevaran al camal, una vaca se puso a reflexionar:

—El granjero nos da pasto para comer. Nos da pasto para comer porque tiene mucho en su campo. Tiene mucho pasto en su campo porque él mismo lo cultiva. Él mismo lo cultiva porque tiene interés en nosotras. Y tiene interés en nosotras porque... porque... ¿por qué tiene tanto interés en nosotras? Dios mío... tiene interés en nosotras porque somos su alimento. Las vacas somos su alimento porque el granjero es carnívoro. El granjero es carnívoro porque es humano. Y es humano porque es...

Un pedo. Un sonoro y apestoso pedo. Fue lo que se tiró otra vaca que pastaba por allí distraído a la nuestra por un momento. Pasado el hedor, no obstante, continuó donde se había quedado:

—El granjero nos da pasto para comer. Y nos da pasto para comer porque es una vaca generosa.

Y así la vaca siguió cuerda una vez más.



Las estatuas que se movieron

—¡Al primero que se mueva lo matamos! —dijo uno de los soldados a las estatuas que estaban en el lugar.

Pero igual ametrallaron a todos.

—Claro que se movieron —argumentaron poco después—. Cuando hicimos estallar los explosivos, algunos volaron y otros se dividieron.

Los cien gusanos cargadores del gran libro

Después de caminar por mucho tiempo a través de la selva, los cien gusanos cargadores del Gran Libro llegaron a un cruce que se dividía en tres caminos. Como no sabían qué ruta debían seguir, bajaron de sus espaldas el Gran Libro y lo consultaron. Luego, una vez despejadas todas sus dudas (porque hay que saber que el Gran libro tenía todas sus respuestas), los gusanos lo volvieron a cargar sobre sus hombros y, totalmente resueltos, siguieron el camino del medio.

Sin embargo, debido a la pequeña confusión originada entre la descarga y la carga del Gran Libro, y también porque cien son casi igual que noventa y nueve, nadie se dio cuenta que habían dejado, atrás en el cruce, a un gusano del grupo que se había quedado dormido. El gusano despertó y, como no sabía qué ruta habían tomado sus demás compañeros, decidió seguir una al azar.

Pasaron los días y el gusano notó sorprendido que ahora ya no caminaba sino que corría pues, debido a que no cargaba nada, se sentía más ligero de peso. Notó también lo hermoso que era el cielo pues ya no tenía encima nada que le tapara la visión. Y, finalmente, lo que lo maravilló aún más fue descubrir que existían agazapados sobre su espalda unos pequeños botoncitos que poco a poco fueron creciendo hasta convertirse en alas.

Desde lo alto del cielo una enorme mariposa ve un pequeño libro moviéndose lentamente abajo, en el suelo.



Los dos moluscos

Dos moluscos empresarios que acababan de ser tragados por un tiburón, discutían entre sí dentro del estómago del pez:

—Es tu culpa el que estemos en esta situación. Si me hubieras hecho caso cuando te dije que nadaras más rápido, el tiburón no nos habría alcanzado.

—¡Claro que te hice caso! —replicó el otro— Cuando me dijiste que nadara más rápido yo te pregunté: “¿Hacia dónde?” y tú me respondiste “Hacia sus fauces”, y eso fue lo que hice.

—Caramba. Tienes razón, amigo mío. Te dije aquello porque por un momento pensé que estábamos compitiendo y, como comprenderás, tenía que dejarte fuera de juego.

—¿Y por qué me seguiste hasta aquí entonces?

—Deformación profesional. No podía permitir que llegaras primero.

Los hermanos otorongo

Una vizcacha pedagoga se disponía a contar una bella historia con moraleja, lo más realista posible, a tres pequeñas vizcachas que se habían reunido en torno suyo:

—Éranse una vez, en un lugar lejano, tres hermanos otorongo que vivían juntos y muy felices... con los roces propios de toda convivencia fraternal, de vez en cuando con uno o que otro insulto, pero sin mucha importancia, quién no ha tenido un intercambio de opiniones alguna vez... como decía, éranse una vez, en un lugar no tan lejano, tres hermanos otorongo que vivían juntos y más o menos felices... con los problemas usuales de toda relación afectiva, unos cuantos puñetes y patadas para zanjar las pequeñas diferencias, cosas que no son nada del otro mundo y que no vienen al caso relatar. Contaba, éranse una vez, en un lugar más o menos cercano, tres hermanos otorongo que vivían juntos e infelices... aunque no tan juntos si cada cual se reparte, como es normal cuando se mueren los padres, la mejor parte de la herencia para luego irse de viaje cada uno por su lado, como es debido, aunque juntos, claro, si es que están enfrascados en una batalla legal por saber quién venderá los últimos despojos de sus padres, como pueden ser la colección de vajilla de plata de mamá o los trofeos de oro que ganó papá en los deportes que practicó, aficiones en las cuales no convendría ahondar porque de lo contrario el cuento se alargaría innecesariamente. De manera que, éranse una vez, en un lugar muy cercano, tres otorongos desconocidos que no eran ni hermanos ni nada, y que vivían muy pero muy lejos uno del otro, y muy infelices como lo son aquellos que no son familia.

Los mejores amigos

—¿Cómo le gustan los lobos, madame? —le preguntó el lobo a su amiga la loba.

—Me gusta que sean sinceros, caballerosos, pero sobretodo, me gusta que sean buena gente —le respondió.

El lobo, que desde hacía tiempo estaba enamorado de ella, se alegró mucho al oír tan magnífica noticia pues: “*Yo siempre he sido sincero, caballeroso y buena gente con mi mejor amiga*”, pensó.

Siendo así, el lobo, con la cortesía que lo caracterizaba, le propuso matrimonio. Sin embargo, la loba lo rechazó diciéndole que entre ellos sólo existía una linda amistad.

Furioso y decepcionado, el lobo juró nunca más ser sincero y le mintió a todo el mundo. Juró nunca más ser caballeroso e insultó y violó a cuanta loba vio. También juró nunca más ser buena gente y se peleó con todos los lobos del bosque venciendo incluso a los más fuertes.

Una vez que el lobo se ganó el temor y la antipatía de los machos, como era de suponer, también se ganó el amor de muchas hembras, entre ellas la loba que lo rechazó, quien ahora sí quería ser su esposa.

—¿Por qué me mentiste? ¿Por qué me dijiste que te gustaban los lobos sinceros, caballerosos y buena gente? —preguntó el lobo desconcertado.

—No te mentí —respondió la loba inmutable—. Así me han gustado siempre los mejores amigos.

Mickey quería aprender castellano

El ratón Mickey quería aprender castellano. Así que no encontró mejor forma de hacerlo que yéndose a un país latinoamericano. Meses después de caminar y caminar rumbo al sur (decidió ir a pie para así conocer mejor su curiosa geografía), por fin se detuvo al escuchar por vez primera que le hablaban en un idioma raro. “*Este debe ser el castellano*”, pensó, y acto seguido preguntó mediante señas en qué país se encontraba.

Esta vez Mickey necesitó tan solo dos días para despertar de su desmayo, y uno más para trasladarse desde Canadá hasta su casa allá en Disneylandia.

Mira el pajarito

¿Cuántas veces a ellos, cuando niños, algún adulto les dijo: “*Mira el pajarito*”, para que ellos, ingenuos, se distraigan y él pueda tomarles una foto?

¿Cuántas veces nosotros, cuando adultos, algún ingenuo nos dice: “*Mira la foto*”, para que nosotros, niños, nos distraigamos y él pueda tomarnos el pajarito?

Seres civilizados

Un día, el león reunió a todos los animales de la jungla y les dijo:

—Señores, si queremos ser más que los demás, comportémonos como seres civilizados.

Fue así que los animales, con tal de ser civilizados, dejaron de viajar y de conocer nuevos y excitantes lugares. En su lugar se volvieron sedentarios.

Abandonaron la jungla con sus bellos paisajes y se fueron a vivir a pequeños huecos en los desiertos.

Dejaron de cazar con sus propias garras y de pelear cuerpo a cuerpo para zanjar las diferencias. En su lugar utilizaron escopetas e impusieron la guerra.

Incluso dejaron de hacer el amor al aire libre realizándolo sólo a escondidas.

Pasaron los años y, al ver que los animales se suicidaban y se ponían cada vez más tristes, el león los reunió de nuevo y les dijo:

—Señores, me equivoqué. Comportándonos así no llegamos a ser nada.

Sin embargo nadie le creyó y todos prosiguieron con sus rutinas. Y es que el león está mintiendo, pensaban. No era cierto que ellos no eran nada, decían. Nosotros somos más que los demás. Nosotros somos seres civilizados.

Somos liebres

Somos liebres,
seámoslo
siempre, seámoslo siempre,
y antes premie
su verso,
su pinta, su risa de a sol.

Que vivemos caciques solemnes
que el colegio por siempre enseñó.
Que votemos chorizos sonrientes
que la piara al eterno elevó. **(bis)**

Largo tiempo el conejo oprimido
la frondosa colita arrastró;
condenado a una cruel mansedumbre
largo tiempo,
demasiado,
ni una oreja el conejo movió.

Mas apenas el buitre sagrado
“Aquí estoy” en su pico se oyó,
se aferró al sillón de Pizarro
y las colas
de las liebres
se movieron de pura emoción,
se corrieron de pura ilusión
y excitación.

Somos liebres,
seámoslo
siempre, seámoslo siempre,
y antes premie
su verso,
su pinta, su risa de a sol.

Que vivemos caciques solemnes
que el colegio por siempre enseñó.

Que votemos chorizos sonrientes
que la piara al eterno elevó. **(bis)**

Teddy busca

Teddy, como todo oso gris, tenía que delimitar su zona.

Tú sabes, primero olfateas dentro de alguna cueva, casa, edificio o cualquier otro lugar parecido, y si no percibes ningún olor a caca, sobas el trasero contra las paredes... y ya está. Dejas tu marca. Tu huella.

Pero Teddy tuvo problemas, pues a pesar de buscar por todos los rincones del bosque, jamás encontró zona sin delimitar. Fue hasta el mar, pero dividido estaba. Fue incluso a la ciudad, pero era lo mismo.

Todo el mundo olía a mierda.

Un matrimonio feliz

Era un matrimonio feliz. La paloma sonreía siempre enfrente de todos los vecinos, a pesar de su pico roto. Miraba a todas las visitas con dulzura, a pesar de sus ojos amoratados. Saludaba siempre a los amigos de su marido, a pesar de sus alas partidas. Incluso bailaba pegaditos boleros con su esposo en las fiestas, a pesar de su cuerpo flagelado.

Sus pichones también sonreían. Si uno hacía un pequeño esfuerzo visual, y después de algunas cuantas horas, podía darse cuenta que, tras esas lágrimas, se escondía la alegría propia de todo niño de su edad.

Por eso el vecindario lamentó mucho el fin de aquella relación. Ver al esposo llorando la muerte de su paloma y siendo llevado injustamente por la policía no hicieron sino confirmarles que en toda unión, por más perfecta que sea, siempre son los extraños los que la echan a perder. Y eso fue lo que hizo ese cuchillo. Destruyó un matrimonio feliz.

Un regalo hecho con amor

En uno de esos países donde tener niños es un lujo, un perro callejero se atrevió a adoptar un cachorro a quien llamó Fido.

Él estuvo muy feliz con Fido pues, a pesar de la pobreza, siempre se las ingenió para alimentarlo y regalarle en su cumpleaños algún carrito, hecho con amor, pero carrito al fin y al cabo.

Sin embargo, a pesar de su gran amor, Fido, una vez adulto, se fue de la casa sin decir palabra.

—¿Por qué me habrá abandonado mi hijo? —lloraba su papá desconsoladamente — ¡Yo todo lo hice con amor!

Y así pasó mucho pero mucho tiempo, y cuando el papá ya viejito creía que nunca más volvería a ver a su querido hijo, Fido regresó.

—¡Feliz cumpleaños papá! —lo abrazó Fido a su viejo— Me fui de la casa para trabajar como un perro y traerte este regalo.

Y acto seguido Fido le mostró un auto nuevo. ¡Sí! ¡Un carrito como aquellos que su papá le regalaba cuando niño! Un carrito de verdad para que ahora su papá lo juegue.

El papá comprendió entonces que esa era la forma de decirle te quiero de su niño, lo cual lo alegró mucho. Por eso subió al auto y lo manejó, a pesar de que no sabía. Por eso, también cayó al barranco y se mató. Porque lo amaba y no deseaba estropearle la hermosa idea de que todo regalo, hecho con amor, es el mejor.

Una mosca limpia

Una mosca quería cruzar la frontera hacia un país desarrollado. La policía, por supuesto, se lo impidió, argumentándole que la única manera de que la dejaran entrar era que viniera con las manos llenas.

—¿Cómo se les ocurre? —preguntó la mosca indignada— Además de unos antecedentes penales intachables, me exigen que venga con las manos llenas. Si las tuviera llenas entonces no estaría tan limpia.

FRANCO DIMERDA
(MADRID, 2011)

Vocabulario básico

Alfonso Ugarte: Héroe del Perú en la Guerra con Chile (Batalla de Arica). Los textos escolares dicen que cogió la bandera nacional y saltó, con su caballo blanco, del Morro de Arica al mar, para salvarla de las manos de los chilenos.

Cóndor: Venerado por muchas culturas preincaicas, es el ave más grande e imponente de toda América. Sólo se le encuentra en la Cordillera de los Andes.

Cuy: Roedor comestible del Perú. Muy parecido al hámster.

El Cóndor pasa: Canción típica del Perú muy famosa que se toca con quenenas.

Especialista: Cliente principal de los cursos de Maestría.

ETT: (Empresa de Trabajo Temporal) Agencia privada de empleo encargada de buscarte trabajo por horas.

Fuerza Aérea del Perú: Ejército del Aire de Perú. Curiosamente tiene como símbolo un águila, muy parecido al que representa a los Estados Unidos de América.

GHB (Gammahidróxibutirato): Relajante conocido como éxtasis líquido pero que también se consume en píldoras o polvo, con sabor levemente salado. En pequeñas dosis puede deteriorar el habla, la coordinación para caminar y el equilibrio; al incrementar la dosis habrá náuseas y vómito. Ya que esta droga también induce el sueño al ser combinada con otros estupefacientes, especialmente alcohol, puede llevar a estado de coma y la muerte. Vale destacar que resulta difícil detectarla disuelta en una bebida.

Huascarán: Montaña más alta de Perú. Sobre los 6700 metros, está ubicada en el departamento de Ancash, en el Callejón de Huaylas.

LSD (Dietiltiamida del Ácido Lisérgico): Su nombre en inglés es Lysergic Acid Diethylamide, y es tal vez la droga sintética más vieja que sigue estando vigente. Su principal efecto es provocar alucinaciones, las cuales comienzan media hora después de su consumo, y que duran aproximadamente 12 horas, tras las cuales hay náuseas, entorpecimiento, sensación de temor y ansiedad. Se vende en forma de pastillas y muchas veces es combinada con otras drogas, lo cual resulta muy peligroso.

Otorongo: Jaguar de la selva amazónica. Es el felino más grande de América.

PCP (Fenciclidina): Creado originalmente como anestésico, se vende en

píldoras, cápsulas y polvo, y puede ser inhalado, fumado, o tragado; es conocido como polvo de ángel, ozono, píldora de la paz, polvo de estrellas o niebla. Se usa en Veterinaria como tranquilizante para animales grandes. Como droga, produce aumento en la frecuencia cardiaca, euforia y disminuye al cansancio durante 2 a 4 horas; en algunos casos, causa alucinaciones. Cabe destacar que provoca entumecimiento, de manera que el consumidor no siente heridas ni golpes, lo que puede derivar en hemorragias y muerte si no recibe la atención debida.

Puma: Felino más grande de la sierra peruana.

Somos libres: Título del himno nacional del Perú. Compuesta en el siglo XIX, consta de varias estrofas cuyas letras giran en torno a la libertad.

Vizcacha: Liebre de la sierra peruana.

Sobre el autor

En 1969, mi padre, que vivía en Estados Unidos desde hacía ocho años, recibió una carta del ejército de aquel país conminándole a presentarse a la base militar más cercana en vías a ser destinado a Saigón, en plena guerra de Vietnam. “*Bésame las pelotas, Tío Sam*”, se dijo, y subió al primer avión que pudo, alejándose del sueño americano. Sin embargo, debido a las prisas, en lugar de coger un avión que lo llevase a Canadá, cogió uno que lo llevó al Perú. “*Es que las banderas de Canadá y de Perú son muy parecidas, mi’jo*”, me diría mi padre años después de mi nacimiento en 1973. Es por esta razón que mi lengua materna es la de *Cervantes* y no la de *Shakespeare*. En el año 2000, gracias a una beca de investigación concedida por la prestigiosa fundación sueca *If You Are Not Shameless You Fuck*, viajé a España y desde entonces sigo aquí, tomando distintas muestras del ser humano y anotándolas meticulosamente en mi cuaderno de apuntes. *Albert Einstein* dijo «*Sólo hay dos cosas infinitas: el universo y la estupidez humana; y no estoy seguro de la primera*». El objetivo de mi investigación es averiguar si realmente no tiene límites la segunda.

Franco DiMerda

Nota de edición

Para ilustrar algunos de los relatos de la obra “Contrafábulas”, del escritor y poeta Franco DiMerda, se han utilizado diversas ilustraciones, pertenecientes al artista Felipe Solano; en concreto, son las imágenes correspondientes a portada y contraportada, así como las páginas 14, 27, 30, 38, 48, 51, 53, 58, 66 y 70.

